FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR

BIEN HAYA LO BIEN NACIDO QUE NI TRABAJO DA CRIARLO

El tiempo pasa y hoy nos encontramos ya en el segundo mes del año, con una fiesta de las más antiguas de la cristiandad, por cierto, procedente de la iglesia oriental, la fiesta de la Candelaria, porque después de la temporada de Navidad, hoy se encendían velas en la procesión conmemorativa de presentación del niño Jesús al templo de Jerusalén.

A mi me emociona sobremanera esta primera salida de Jesús en brazos de su Madre, calientito, cobijadito, para ser presentado el templo como todos los niños recién nacidos. Era una subida tradicional de las familias de Israel al templo, pero con una salvedad, la familia de Jesús, era pobre, y por eso contrasta con lo que ocurrió ese día en su visita. Me llama la atención que, dado que la ofrenda de los pobres era muy sencilla, un par de tortolitas o dos pichones, no se haga mención en la Escritura de la actitud del sacerdote que atendió a aquella familia tan particular. Quizá tomó distraídamente los animalitos, los sacrificó en el altar, y ni una sola palabra a los papás de Jesús. Seguramente no llamaron la atención. En cambio, San Lucas nos hace sentir la fuerte emoción de dos ancianos que se conmovieron ante la dignidad, la sencillez y la humildad de María y José con el niño en brazos. El primero de los ancianos se llamaba Simeón, muy parecido a los ancianos que son los moradores habituales de nuestros templos, pero con una particularidad, pues se le había anunciado que no moriría sin haber visto antes al Salvador del mundo. Ese día subió al templo, y sin que hubiera mediado palabra alguna, el corazón le latía más fuerte de lo ordinario al ver a aquella pareja, entrando al templo de Jerusalén. Conforme se lo permitían sus piernas, ayudado por un seguro bordón se acercó a ellos, y presa de emoción le pidió a María que le prestara por unos momentos a su niño. Ella volvió a consultar con la mirada a su esposo, pero vieron tal ternura en el anciano, que no dudaron en ponerlo en sus manos. Cuando lo tuvo en su regazo, al mismo tiempo que derramaba profundas lágrimas, daba gracias a Dios por el don de tener en sus brazos nada menos que al Hijo de Dios que se hacía hombre para hermanarse con todos los hombres, señalando caminos de paz y de alegría: "Señor, ya puedes dejar morir en paz a tu siervo, según lo que me habías prometido porque mis ojos han vistp a tu Salvador al que has preparado para bien de todos los pueblos, luz que alumbra a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel". Dichoso aquel anciano, pero dichosos, los cristianos que pueden tener no un instante en sus brazos al Salvador, sino llevarlo dentro en el corazón y arroparlo con cariño como hizo María con su Hijo y dichoso el sacerdote que después de tener un poco de pan e invocar al Espíritu Santo, lo puede convertir en el Cuerpo del mismísimo Hijo de Dios, y darlo en alimento para toda la comunidad cristiana y para todo el mundo.

Las palabras del anciano denotan también la alegría que debe embargar a nuestro mundo por haberse dado entre nosotros el cumplimiento del profeta Isaías y de tantos otros profetas que contemplaron antícipadamente la alegría de ver entre los hombres nada menos que al mismísimo Hijo de Dios, pero no con la majestad y la ostentación de los grandes de la tierra, sino con la sencillez del más humilde de los mortales, convertido en luz ya no solo para Israel, sino para todos los hombres de todos los siglos.

La Escritura Santa deja ver la sorpresa que experimentaron María y José ante la actitud y las palabras del anciano Simeón. Cuando les entregó su niño, a María le presagió que ella que estaba tan unida a su Hijo, también participaría de su pasión y aunque no lo dijo, entendemos que también a su cruz, si vemos lo que

ocurrió el calvario, cuando María, arrostrando los peligros que podían imaginarse, se situó a los pies de su Hijo ya clavado en la cruz: "Este niño ha sido puesto para ruina y resurgimiento de muchos en Israel, como signo que provocará contradicción, para que queden al descubierto los pensamientos de todos los corazones. Y a ti, una espada te atravesará el alma"

Por otra parte, la otra anciana, Ana, que no se apartaba del templo, sirviendo a Dios con oraciones y con ayunos, también se acercó a la sagrada familia, no con curiosidad sino con un gran espíritu de fe, y daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que se encontraban ese día en el templo.

La Escritura Santa nos da todavía otro dato sorprendente, el Hijo de Dios, el Hijo del Altísimo, estuvo sometido a la sencilla y meritoria obediencia a aquellos padres maravillosos que Dios le había dado para que lo hicieran crecer en la sencillez y en la tranquilidad de los niños de su tiempo: "Una vez que José y María cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y fortaleciéndose, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él",

Este párrafo me parece conmovedor porque en dos renglones se nos dice lo que fueron los años posteriores a la visita a Jerusalén, cuando Juan Bautista fue arrestado lo que marcó para Cristo el momento de salir a la luz pública, llevando con él esa sabiduría que fue creciendo con los años y dándole a los hombres la gracia, el afecto y la salvación que fue gestándose en los años de silencio de Nazaret.

La conclusión la irán sacando mis lectores, de la meditación del texto que nos ocupa, de mi parte solo señalaría el gozo y la alegría de nuestras familias, donde los padres se dan a sus hijos, los instruyen, los aleccionan y les muestran el gozo del encuentro con Cristo y su mensaje salvador, pero también la alegría que los hijos a imitación de Cristo Jesús, podrán encontrar cuando puedan someterse voluntariamente a la suave y fuerte autoridad de sus padres.

Cordialmente el Padre Alberto Ramírez Mozqueda que suplica que mi mensaje pueda ser difundido entre los suyos.